

que constaba de veinte mil hombres, se reunió al enemigo, y Diebitsch no tardó en principiar la lucha. Las divisiones Zymirski y Skrzynecki, apostadas en un arbolado, le opusieron durante mucho tiempo la mas vigorosa resistencia; mas, redoblando sus esfuerzos, logró al fin Diebitsch romper el centro de las tropas polacas. Ya se creia vencedor y habia hecho penetrar su caballería escogida por aquel agujero, cuando los Polacos se replegaron con intrepidez y le hicieron experimentar pérdidas considerables. El soberbio regimiento de los coraceros del príncipe Alberto, llamados los *invencibles*, pereció casi enteramente bajo los golpes de los lanceros blancos.

De todo aquel cuerpo de gigantes, sobrevivió un solo hombre, el coronel, que entró prisionero en Varsovia.

Aquella catástrofe detuvo la marcha de Diebitsch y aseguró la retirada del ejército polaco en los atrincheramientos de Praga y en Varsovia.

Chlopicki, que estaba al lado del jeneralsimo, fué herido desde el principio de la accion. Poco tiempo despues se retiró á Cracovia.

El príncipe Miguel Radziwill se dimitió del poder el 26 de febrero; y la dieta nombró comandante supremo al que tanto se habia distinguido en los combates recientes, al jeneral Skrzynecki. El cuartel maestro jeneral Prondzynski le fué agregado como consejo.

Prosiguiéronse por todas partes los armamentos con un nuevo grado de energía, pero el enemigo parecia tener ya necesidad de descanso. Abandona Diebitsch las llanuras de Grochow, y despues de haberse rodeado de atrincheramientos en las cercanías de Wawes, tomó sus posiciones de invierno en el palatinado de Lublin.

Esta calma momentanea era el preludio de graves acontecimientos, y la primavera trajo consigo el renuevo de las hostilidades.

Habiendo desfilado las divisiones polacas durante toda la noche del 30 al 31 de marzo, por el puente de

Praga, se dirijieron muy de mañana, la izquierda al frente, sobre Wawer, donde se habia atrincherado la vanguardia del 6.º cuerpo, á las órdenes del jeneral Geismar. La division Rybiwski envolvió al enemigo con la ayuda de una espesa niebla, le arrolló y le persiguió, con la bayoneta en los riñones, hasta Milona. A las tres de la tarde, tomaron la cabeza de la columna las divisiones Malachowski y Skarzynski, y desembarcaron en la llanura de Dembé-Wielkié, donde el jeneral Rosen habia logrado reunir veinte y cinco mil hombres, comprendidos en ellos las reliquias de la division Geismar. Bien pronto ocupó el ejército polaco el pueblo de Brzeziny, teniendo á la cabeza al jeneral Malachowski; pero no sabiendo Skrzynecki cómo emplear una masa semejante sobre un terreno húmedo y cortado, le dejó asistir con el arma al brazo al ataque heroico de los 8.º y 4.º regimientos de línea. No fué sino hasta mucho mas tarde en la noche cuando la caballería de Karzynski se arrojó por el camino real, cargó al enemigo por en medio y detrás de la línea, destruyó muchos cuadros, derrotó las reservas rusas, é hizo una carnicería horrorosa de todo cuanto no huyó á los bosques vecinos.

Al dia siguiente, la division Lubinski, tomando á su vez la cabeza de la columna, se precipitó al perseguimiento de los Rusos, se apoderó de batallones enteros con armas y banderas, y en su rápida marcha de Dembé á Kaluszyn, recojió seis mil rezagados y cincuenta cajones de municiones.

Destruído el cuerpo de Rosen, quería Prondzynski que el jeneralissimo se volviese con todo el peso de su masa victoriosa y cayese sobre el grueso del ejército de Diebitsch, el cual, enredado en los barrancos de la Podlacia con doscientas piezas de artillería y trescientos carros, se habria visto precisado á abandonarlo todo al aproximarse los Polacos, dichosos todavia de poder alcanzar su línea de retirada por la Vollhynia. La Polonia se hallaba salvada, si Skrzynecki, que no conocia toda la superio-

ridad que le daba la señalada victoria de Dembé, no hubiera rehusado atacar á Diebitsch por el flanco y no le hubiera permitido reunirse con su primera línea de operaciones por Sieldecé. La víspera de la llegada del ejército ruso sobre aquel punto se dejó no obstante el jeneralísimo decidir á hacer una tentativa que tenía por objeto envolver el cuerpo de Pahlen II, que estaba de observacion sobre el Kostrzyn, cerca de Iganié. Mas allí tambien faltó Skrzinecki á su fortuna, y no llegó sobre el campo de batalla con el grueso del ejército hasta que todo estaba concluido. Prondzynski habia rodeado ya la izquierda del enemigo con ocho mil hombres y obtenido un éxito completo. Tres mil prisioneros rusos, dos mil muertos y muchas piezas de artillería, fueron el resultado de la audacia de Prondzynski.

Apesar de que la llegada de Diebitsch á Sieldecé con cincuenta mil hombres amortiguó las consecuencias de aquella nueva victoria, insistió vivamente Prondzynski para que Skrzinecki atacase al feld-marsiscal, como él habia atacado sucesivamente á Geismar, Rosen y Pahlen II. El jeneralísimo se negó á ello; y los dos ejércitos permanecieron doce dias mirándose uno á otro sin atreverse á emprender nada, pareciendo que cada cual esperaba una ayuda invisible.

Era sin embargo ya tiempo de obrar vigorosamente, porque las marchas continuas, hechas hasta entonces sin objeto decisivo, consumían al soldado y le hacían mas accesible al cólera, que, para colmo de desgracias, habian traído los Rusos con ellos en Polonia.

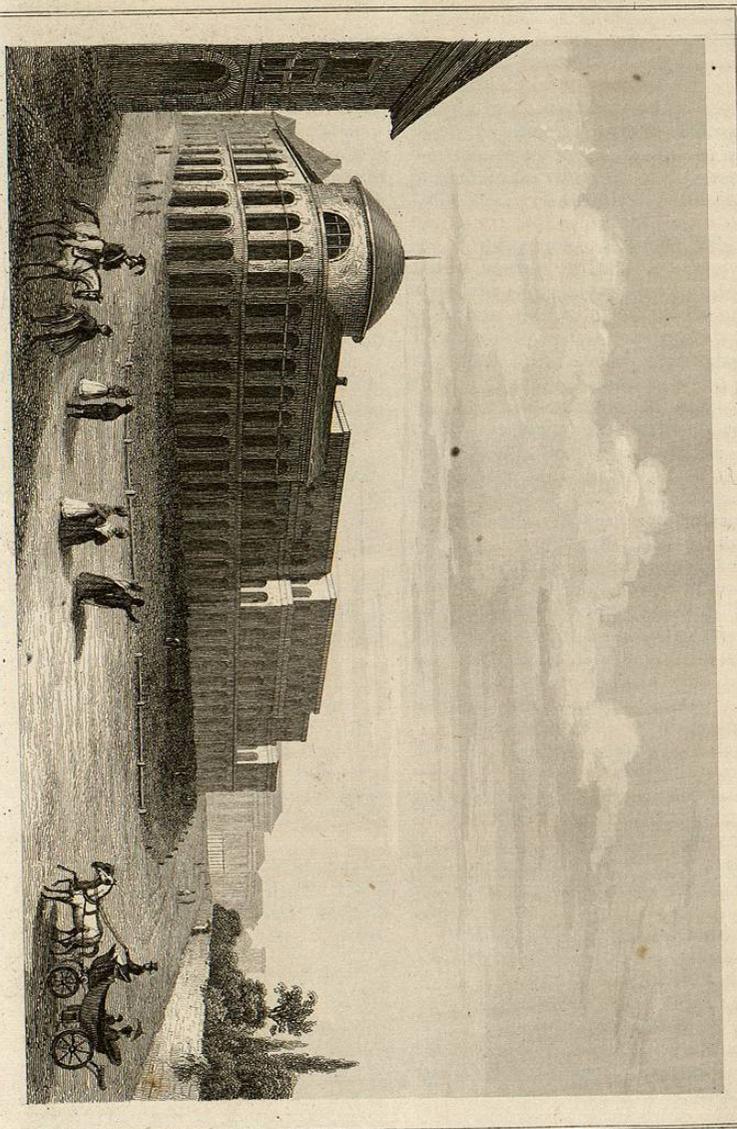
Antiguamente, en los hermosos dias del poderío nacional, se levantaba toda la Lituania al llamamiento de la madre patria; mas esta vez la política indecisa de Chlopicki, que no queria de ningun modo atacar á la Rusia, y se cenía á estar á la defensiva, era perjudicial al vigor de sus movimientos. Por lo tanto, y apesar de que Skrzinecki hubo adoptado en gran parte el sistema de Chlopicki, la Lituania, aunque abando-

nada á sus propias fuerzas, no desesperó del triunfo y trató, por el contrario, de organizar su insurreccion, á despecho de las tropas moscovitas que oprimian aquella provincia.

A fin de secundar aquel impulso, salió Dwernicki de Zamosc, y costeando la frontera de la Galitzia, pasó el 9 de abril el Boug; á la cabeza de dos mil y seiscientos hombres. Su ensayo fué de los mas dichosos, y el 18 y 20 del mismo mes, alcanzó su pequeña tropa ventajas sobresalientes sobre el enemigo, en número de nueve mil hombres. Dwernicki se dirigió en seguida resueltamente hacia Kamieniec-Podolski; pero los Rusos, á quienes el cuerpo del jeneral Sierawski, derrotado en las desgraciadas jornadas de Wronow y Kazimierz (17-21 de abril), no podia contener, reunieron todos sus esfuerzos contra él. Rodeado por fuerzas bien superiores á las suyas, no tuvo Dwernicki mas recurso que refugiarse en Galitzia, donde penetró el 27. Allí, las autoridades austriacas, que habian recibido instrucciones de respetarle, le obligaron á deponer las armas. Los soldados volvieron poco á poco á Polonia; pero el país se vió privado de los servicios de aquel valiente jeneral, á quien el Austria retuvo en su territorio.

El movimiento de la Lituania se habia extendido á muchas comarcas de la Wolhynia, de la Ucrania y de la Podolia, las cuales, dirigidas por Vicente Tyszkiewicz y Kolysko, se sublevaron. Desgraciadamente no las ayudó el éxito; el 14 de mayo fué batido Kolysko cerca de Daszow, y se vió igualmente forzado á refugiarse con los suyos en Galitzia. Carlos Rozyccki, mas dichoso que los otros, logró atravesar las líneas enemigas con solos trescientos hombres y llegar á Zamosc (12 de junio).

Tantos esfuerzos jenerosos habrian debido decidir al jeneralísimo á adoptar el sistema ofensivo; pero Skrzinecki, rodeado de jóvenes nobles, mas inclinados á la diplomacia que á la guerra, buscaba siempre medio de ganar tiempo y entablar relaciones con las potencias extranjeras. Sin embargo, agujoneado por



POLONGNE.

POLONIA.

*Banco de Polonia en Varsovia.*

Banco de Polonia en Varsovia.

el hábil general de ingenieros Chrzanowski, envió á este último para apoyar el movimiento wóhyniense; pero era ya demasiado tarde, y cuando el general llegó á Zamosc, acababan de ser dispersados los insurjentes.

Presentábase una ocasión para reparar las faltas que se habían cometido: no se trataba más que de seguir el plan de Prondzynski, y la guardia rusa, escalonada en las orillas del Narew, quedaba destruida. Poniendo fin á una inactividad de seis semanas, ocupa por fin Skrzynecki á Lomza y Ostrolenka; ya se hallaba la guardia en retirada y podía prever, por los resultados de las acciones del 18 y 19 de mayo, el momento de una derrota completa. La flor de la juventud moscovita, acorralada sobre el punto de Sniadow, iba á caer en poder de los Polacos, cuando, por consecuencia del fatal sistema de prudencia que paralizaba el entusiasmo nacional, Skrzynecki, apesar de las más vivas representaciones de Prondzynski, permitió que los rejimientos rusos se escapasen de un peligro inminente.

Para apaciguar los clamores que semejante conducta excitaba con justa razón, envió el generalísimo á Chlapowski á Lituania; mas también presidieron á esta decisión la mala voluntad y la imprevisión: el socorro que se mandó era demasiado débil, y el momento inoportuno; porque apenas había vuelto Skrzynecki de Ostrolenka, que el feld-mariscal Diebitsch, batiendo en Nur el cuerpo del general Lubinski, le estrechó muy de cerca.

Su encuentro fué sangriento, y Diebitsch no logró apoderarse de Ostrolenka (26 de mayo) sino á fuerza de sacrificar mucha jente; pudiendo desde allí apuntar sus cañones contra los Polacos, dueños de las orillas del Narew. Cada pulgada de terreno fué disputada con encarnizamiento; y, tal vez, en ninguna batalla moderna, hizo un papel más brillante el valor personal. Los oficiales, cansados de servirse de sus armas, lucharon cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, y casi todos fueron heridos.

El mismo generalísimo condujo los combatientes á la carga, batallón por batallón, como si hubiese querido hacer olvidar, por un valor extraordinario, las faltas anteriores. Por un instante lograron los Rusos pasar el puente; pero bien pronto, acribillados por la artillería polaca, se vieron arrojados sobre la otra orilla del río, atravesando por una hacina de cadáveres.

El campo de batalla quedó definitivamente por los Polacos, quienes habían comprado cruelmente aquella ventaja. Trescientos de sus oficiales, entre los cuales se hallaban los excelentes jenerales Kicki y Enrique Kaminski, estaban tendidos en el campo, traspassados de balazos; siete mil hombres perdieron igualmente la vida. Los Rusos tuvieron cerca de quince mil hombres fuera de combate.

«Aquella batalla, dice Mr. Brzozowski, que no había debido jamás aventurarse, fué dada de resultas de las faltas que cometieron los dos jenerales enemigos. Empeñada la acción en la orilla izquierda del río, porque el general Skrzynecki había dejado un cuerpo entero del otro lado sin objeto alguno, había sido trasportada al lado derecho por hazar y sin ningún designio pronunciado, y los Rusos habrían debido pagar muy caro aquel atrevimiento, si hubieran tenido que habérselas con otro adversario que Skrzynecki; el cual, habiendo perdido la cabeza, no veía más que el peligro, sin apreciar las suertes felices que se le ponían delante. Si, después de una carnicería de algunas horas, se hubiera arrojado Skrzynecki sobre los batallones rusos, ya reducidos, con veinte batallones á un mismo tiempo, á bayoneta calada, dejando todavía diez batallones de reserva, no hay la menor duda que los Rusos habrían sido arrojados en el Narew, ó se habrían visto precisados á rendir las armas. Pero los mismos Rusos convienen, en sus partes, que jamás tuvieron que batirse en esta acción más que con dos batallones polacos á la vez. ¿Y cómo podían dejar de atraer resultados desgraciados

unas disposiciones tan erradas?»

Cuando las tinieblas pusieron un término á aquella escena de muerte, se reunió el consejo de guerra; y temiendo Prondzynski que los Rusos principiasen la batalla al siguiente día, propuso imponerles, reuniendo en la noche la infantería dispersada y conservando la misma posición, que permitía al cuerpo del general Gielgud, fuerte de doce mil hombres, que se hallaba cortado del grueso del ejército, que pudiese reunirse á él. El generalísimo no dió oídos á este aviso atrevido; y después de haber enviado á Dembinski con muy poca jente sobre las huellas de Gielgud en Lituania, ordenó la retirada sobre Varsovia.

«El feld-mariscal Diebitsch, dice juiciosamente Mr. Mieroslawski, sepultó en los pantanos de Ostrolenka su ejército y su reputación. Aquella terrible batalla fué igualmente funesta á ambas partes; pero, desde el momento en que Diebitsch no arrojó toda su reserva sobre el camino real de Varsovia, en persecución de las columnas polacas desbandadas, se restableció el equilibrio; y como los Polacos tenían la ventaja de hallarse en el centro de sus recursos, podían reunir sus reliquias en menos de quince días y tomar la ofensiva.

Lejos Diebitsch de inquietar á los Polacos en su retirada, hizo quemar los puentes y permaneció sosegadamente en Ostrolenka. No tardó Skrzynecki en llegar al arrabal de Praga.

Luego que sus pliegos llegaron á Varsovia, el príncipe Czartoryski convocó el consejo, á fin de tomar las medidas que reclamaban la gravedad de las circunstancias. Cada cual manifestó en él el descontento de la conducta del generalísimo, el cual, poco abatido y rodeado de un estado mayor muy brillante, no dudaba mantener su crédito.

No tuvo el gobierno bastante energía para tomar una decisión digna de él; y cediendo la dieta á los manejos de algunos intrigantes, se abajó hasta enviar al generalísimo una diputación, escogida en su seno y

encargada de felicitarle con motivo de no haber desesperado de la causa nacional. El mismo honor obtuvo Varron cuando el desastre de Canes, pero Varron fué á lo menos modesto después de haber sido batido.

Skrzynecki, cada vez más atrevido, pidió la caída de la forma actual de gobierno y el establecimiento de un poder único. Habiendo rechazado la dieta aquella demanda, se volvió en el gobernador de Varsovia, Krukowiecki, el cual, confirmando los informes dados por Prondzynski, había sido el primero en esponer la nulidad del generalísimo y la necesidad de reemplazarle por un jefe más adicto y más activo. Krukowiecki fué pues sacrificado á un resentimiento personal.

En vez de ceder á pasiones mezquinas y de buscar ovaciones poco merecidas, hubiera el generalísimo hecho mejor sostener los esfuerzos tentados por los jenerales Gielgud, Chlapowski y Dembinski. Librados á sus solos recursos, los cuerpos mandados por aquellos oficiales, que apenas contaban doce mil hombres con doce cañones, escalonaban la Lituania y la Samogicia, alimentando en ellas por todas partes el fuego sagrado de la insurrección. Se alistaban en tropel bajo sus banderas, y la menor diversion salida del cuartel general habría podido facilitar un éxito duradero.

Apesar de aquel abandono, resolvieron los lituanenses insurreccionados atacar á los Rusos hasta dentro de Vilna; pero se malograron las operaciones, mal dirigidas por Gielgud; y después de muchos encuentros mortíferos, tomó el enemigo la superioridad en todos los puntos. El combate del 2 de julio, en Szawlé, ocasionó una nueva derrota, cuyo resultado fué forzar á Gielgud y Chlapowski á entrar en Prusia (12 de julio).

La exasperación de los soldados llegó á su colmo cuando vieron á donde sus jefes les habían conducido, y que á la voz de las autoridades prusianas, les fué forzoso deponer las armas. Gielgud, herido de un balazo que le tiró un oficial, pagó cruelmen-

te la resolución que había tomado.

Así terminó aquella expedición, y con ella perecieron igualmente las insurrecciones de Samogicia y de Lituania. Solo Dembinski, destacado del cuerpo de Gielgud, escapó de la retirada á Prusia y desapareció en medio de los destacamentos enemigos. Durante mucho tiempo no se supo nada de él.

No habiendo podido Skrzynecki lograr derribar el gobierno nacional para reconcentrar entre sus manos todo el poder político, resolvió restablecer su nombradía militar con un golpe decisivo. Con esta mira, formó el proyecto de destruir el cuerpo ruso de Rudiger, que ocupaba el palatinado de Lublin.

El general Chrzanowski salió pues de Zamosc; Jankowski se adelantó hácia el Wieprz; y el jeneralísimo se dirigió, con el grueso del ejército, delante del enemigo. Todo iba bien hasta entónces, cuando una falsa alerta, dada por Ambrosio y Skarzynski, decidió á Skrzynecki á cambiar de táctica. Volvió á pasar el Vístula y fué á cubrir á Varsovia. No obstante Jankowski se arrojó sobre Rudiger, mas no supo aprovecharse de las suertes que se le ofrecían; y Chrzanowski, viendo que le habían dejado solo delante de fuerzas infinitamente superiores, debió retirarse.

Un brillante hecho de armas quedó frustrado de este modo. La destrucción del cuerpo de Rudiger, que era infalible, hubiera hecho revivir el espíritu de las tropas y reconciliado á Skrzynecki con la opinion pública.

Preparábanse grandes cambios en el campamento ruso. Viendo el emperador Nicolás que, á pesar de numerosos y brillantes partes, se iba alargando la guerra, encargó á Orloff de una mision cerca de su ejército de Polonia.

La presencia de aquel enviado en el campamento de Pultusk produjo una impresion extraordinaria; y el 10 de junio, murió el general Diebitch de resultas de un banquete. Esparcióse la voz que había muerto

de un ataque de cólera, pero nadie le creyó.

El general Toll tomó momentaneamente la plaza del jefe muerto, y Orloff se fué cerca del gran duque Constantino. Desde el dia en que este último había abandonado á Varsovia, había concluido su papel político. Ya no servia mas que de estorbo; así es que murió muy á propósito (29 de junio), en el momento en que se disponia para partir para San Petersburgo. La duquesa Juana de Lowicz, á quien un destino fatal había unido á la suerte del príncipe, le siguió de cerca en el sepulcro.

Estas tres muertes sucesivas y precipitadas fueron cubiertas con un velo espeso.

Casi á la misma época, llegó á Skrzynecki un papel secreto, trazado por la mano de una mujer, y le denunció ciertos manejos, protegidos por los enemigos del país. Era preciso hallarse bien poco instruido de la posicion de los individuos acusados ó tener gran necesidad de un drama sangriento, á fin de hacer olvidar á la Polonia una inaccion culpable, para convertir aquel aviso en negocio de Estado.

Bien pronto el pueblo de Varsovia, escitado por el club democrático, se alborotó gritando: *¡Traicion! ¡Venganza!* Y en medio de aquel principio de agitacion se esparció en la capital la noticia de los reveses de Jankowski, por las tropas que entraban en ella humilladas. Redoblaron los clamores, y Skrzynecki debió prometer hacer juzgar á los jefes desgraciados; pero como Jankowski pretendia haber obrado segun sus órdenes, trató el general de desviar la atencion pública sobre el juicio militar anunciado, dando todavía mayor importancia á la denunciacion anónima.

En su consecuencia, hizo arrestar á los jenerales Hurtig y Salacki, al coronel Slupecki, al chambelan ruso Fanshawe y á la dama Bazanoff, como asimismo al confitero Lessel.

El dia siguiente de estas arrestaciones (29 de junio) se reunió el pueblo en la calle del arrabal de Craco-

via, no lejos del palacio real, donde se hallaban los prevenidos gritando:

*¡ Muerte á los traidores! ¡ Al suplicio! ¡ Nada de perdon!* Rodearon el coche del príncipe Czartoryski, y los asistentes le gritaron: *¡ Príncipe, justicia! ¡ que los traidores no queden sin castigo!* El presidente del gobierno les prometió que se les juzgaria dentro de las veinte y cuatro horas; y el nuncio Roman Soltyk, que se había popularizado sobremanera despues de su mocion concerniente á la destitucion de la familia Romanoff, decidió á los grupos á que se retirasen. Una voz, salida del seno del jentío, propuso entónces ir á hacer una visita al senador Soltyk, veterano experimentado de la libertad; y la muchedumbre se precipitó hácia la habitacion del noble anciano, para honrar sus virtudes cívicas.

Débil y enfermo, Soltyk, llamado por millares de voces, se hizo llevar á un balcon, y desde allí, estendiendo sus trémulas manos sobre todas aquellas cabezas inclinadas respetuosamente, murmuró estas palabras: *¡ Bendito seas tú, pueblo heroico!* Habia en esto alguna cosa de hermoso y sublime al ver suceder á aquel homenaje de reconocimiento los gritos de venganza y de sangre!

Concluida su mision cerca del ejército ruso, partió Orloff para Berlin con la mira de asegurar al czar el apoyo del gabinete prusiano, en lo que logró mucho mas de lo que apetecia. Estipulóse entre Orloff y los ministros de Federico Guillermo: 1º. que las ciudades de Königsberg y Dantzig quedarían abiertas, tanto á las provisiones como á las tropas que la Rusia, privada de otras comunicaciones á causa de la insurreccion lituanense, se veria precisada á expedir por el Báltico; además, se obligaba la Prusia á suministrar los barcos y escoltas necesarias para hacer subir aquellos envíos el Niemen y el Vístula; 2º. que la Prusia construiria un puente sobre el Vístula, en el límite mas oriental de su territorio, á fin de facilitar el paso del río en el caso en que los que haria echar el feld-mariscal serian insuficientes ó destruidos. Los pontoneros, equi-

pajes y embarcaciones necesarias á aquellas especies de trabajos debían suministrárseles igualmente; 3º. que Thorn serviría provisionalmente de depósito y almacén al ejército aliado. Municiones de boca y de guerra debían reunirse allí en un termino breve; 4º. que en el caso de una derrota ó de operaciones mas estensas, el territorio prusiano sería abierto á las tropas del czar. Dicha plaza debía servirles de base militar hasta la conclusion de la campaña.

Y el ministro de relaciones exteriores en Francia, el general Sebastiani, despues de haber escrito primeramente una carta particular á Skrzynecki, en la que le aconsejaba que economizase la efusion de sangre, asegurándole que antes de dos meses quedaria asegurada la independencia del reino constitucional por los buenos oficios de los gabinetes interesados en que se verificase, se ciñó, en el momento en que se violaba de un modo tan formal la fe de los tratados europeos, á aventurar una simple reclamacion, que fué remitida al rey de Prusia por el general Flahaut.

Por toda respuesta á aquella reclamacion, declaró altamente la Prusia sus simpatías y su intervencion en favor de la Rusia, su aliada. Los gabinetes de Tullerías y de San James, disimulando el ultraje recibido, se contentaron con dar curso á nuevas y estériles manifestaciones por escrito.

Confiado en vano en el aviso del general Sebastiani, descuidó Skrzynecki cada dia mas las operaciones militares para hacer el diplomata. Dejó de este modo al feld-mariscal Paszkiewitsch la facilidad de invadir el país y estenderse á sus anchuras. Cada dia iba en aumento el descontento público; los clubs y los periódicos criticaban con violencia la marcha de los negocios; por último, muchos miembros del gobierno y de las cámaras, ilustradas por las observaciones razonables de Krukowiecki y Prondzynski, determinaron al nuncio de Kalisz, Buenaventura Niemciowski, á hacer una mocion oportuna á la dieta.

El 24 de julio decretó la dieta, á la unanimidad, que el jeneralísimo debería comparecer ante un consejo compuesto de miembros del gobierno nacional, de un diputado por cada palatinado y de oficiales del ejército activo, escogidos conjuntamente por el gobierno y el jeneralísimo.

Este consejo, especie de alto tribunal, al que se había devuelto la misión suprema de apreciar los recursos nacionales y de activar la guerra, se reunió tres días después (27); pero Skrzynecki, que se hallaba llamado, por decirlo así, á la barra de un tribunal, no se hallaba de humor á hacer el papel de acusado; así es que, cuando el general Sierawski pidió la palabra, exclamó con humor, que mirando á todos los oficiales como inferiores suyos, no consentiría que hablasen sin su permiso. El anciano con su pelo blanco se volvió á sentar en medio de un silencio de indignación, que el nuncio Chelmicki interrumpió con esta viva allocución, dirigida á Skrzynecki: « Señor general, olvidais sin duda que estais aquí delante de vuestros jueces; olvidais que vuestro poder se halla suspendido hasta que os hayais justificado en presencia de la nación de las faltas que se os imputan; olvidais por último, que todos los miembros de este tribunal supremo, sin exceptuar los jenerales, son vuestros superiores.»

Siguióse una ligera discusión; en seguida Prondzynski sacó de su cartapacio el escrito acusador que había sometido ya al gobierno nacional después de la batalla de Ostrolenka. La lectura de aquella pieza emanada de un hombre conocido por sus grandes talentos estratégicos, habría producido una profunda impresión, cuando el político Gustavo Malachowski hizo observar que el consejo no tenía la misión de examinar lo pasado, sino lo presente. Lelewel, sobre el cual se cifraban en aquel momento las últimas esperanzas de la oposición, se encerró desgraciadamente en un silencio absoluto.

Desde entonces cambió el consejo enteramente de aspecto. Dichoso de poder alejar el recuerdo de faltas an-

teriores, los partidarios del jeneralísimo se estepdieron largamente sobre las ventajas de la situación presente. Tenian, decian ellos, cuarenta mil hombres en el punto principal, y otros tantos combatientes para las operaciones parciales. Alcanzaron un triunfo completo, dejando al consejo, por único consuelo, la libertad de emitir un voto sobre la necesidad de tomar la ofensiva, y de ordenar al jeneralísimo que librase batalla dentro de poco tiempo.

Nada se hizo con todo eso. Skrzynecki aparentó hacer ejecutar al ejército marchas y contramarchas, mas todo se redujo á ganar tiempo. La voluntad de la dieta y los votos de la nación no eran á sus ojos de ningun valor; y prevalecieron en su espíritu mas que nunca las esperanzas diplomáticas, verdaderas añagazas.

En esta época se vió aparecer un valiente militar que se creia perdido sin remedio; este era Dembinski, el cual, separado de Gielgud y de Chlapowski después de la batalla de Szawlé, logró, desde el fondo de la Lituania, atravesar con Rozycki todas las líneas rusas. Su entrada en Varsovia (3 de agosto) causó grande alegría y calmó por algunas horas la inquietud jeneral. El pueblo le saludaba con entusiasmo y ternura, viendo en él un enviado de la Providencia.

El 5 de agosto, la comisión de las tierras rusianas residente en Varsovia dirigió á los habitantes de la Volhynia, de la Podolia y de la Ucrania una proclama en la que se hallaba el siguiente pasaje:

« Apesar de que vuestra gloriosa revolución no haya salido bien por el momento, ha logrado sin embargo su objeto principal, el de hacer ver á la Europa que cuarenta años de esclavitud no han sido suficientes para borrar de vuestros corazones el tipo de la nacionalidad. Es tan poderoso el recuerdo de vuestros derechos, que acabais de realizar las promesas de Alejandro, aquellas promesas que le sirvieron de título en el congreso de Viena. Los gabinetes extranjeros, engañados con sofismas, han creído fácilmente que erais *moscovitas*; y ha sido preciso que to-

meis las armas para sacarlos del profundo error en que habian caído. Mas solo arrojandoos todos en masa en el espíritu de la revolución del 29 de noviembre podreis obrar eficazmente: y si vuestras ventajas son detenidas en su marcha, es preciso buscar con mas ardor todos los medios de llegar al cumplimiento de una rejeberación completa.

« MIGUEL RADZIWIŁL, ETC., ETC. »

Desarrollando sus trabajos, convocó la comisión á los ciudadanos de las tierras rusianas residentes en Varsovia, á fin de elegir nuncios que representasen en las cámaras las provincias oprimidas por las tropas rusas. Dichas elecciones se verificaron del 8 al 12 de agosto, y los nuevos mandatarios fueron recibidos con las mayores aclamaciones en el seno de la dieta.

Era esto un refuerzo para la oposición parlamentaria, la cual se hallaba reunida en casa del nuncio Olizar desde los primeros días del mes. Calculando sobre el descontento que se manifestaba cada día mas en la nación, relativamente á la conducta del jeneralísimo, redactó una acta de acusación contra él, que fué sometida á la dieta á título de mocion. El 9 de agosto, nombraron las cámaras una comisión, tomada de su seno y encargada de ir inmediatamente al campamento, con pleno poder de ordenar las medidas que creeria necesarias á la salud del país, aunque fuese la de reemplazar al comandante en jefe.

El principe Adan Czartoryski y Vicente Niemojowski, ambos á dos miembros del gobierno nacional, hacian parte de la comisión, que resolvió sorprender á Skrzynecki en su campamento de Bolimon. Mas la facción diplomática dió aviso á este último de la decision que se había tomado; y cuando se presentaron á él los comisionados, le hallaron preparado á su llegada.

Hasta había ya tenido tiempo para arengar á los oficiales descontentos de la lentitud, prometiéndoles numerosos triunfos y asegurándoles que *ningun moscovita quedaria vivo*.

Habiendo los comisarios, por la

voz de Niemojowski, intimado al jeneralísimo que se explicase, recurrió todavía á rodeos, y emitió la opinión que, supuesto que querian prolongar la lucha á todo precio, apesar de que los últimos pliegos del principe de Metternich la calificaba de inútil y desesperada, era preciso recorrer la Lituania, la Galitzia y la Valaquia.

Después de aquel discurso se halló fijada la opinión de los comisarios, y no quedaba mas arbitrio que proceder al nombramiento de un nuevo jefe militar. Aquella medida, indicada hacia mucho tiempo por las circunstancias y el clamor público, era urgentísima; el gobierno ó mas bien la dieta cometió pues una gran falta de hacer de ella un acto deliberativo. Nada perjudicó, en efecto, tanto como las discusiones del campamento de Bolimow. Las faltas del jeneralísimo eran bien patentes, hubieran debido destituirles in titubear y reemplazarle inmediatamente; pero celebrar conciliábulos, dar oídos á los diferentes modos de pensar de los jenerales, alimentar las intrigas de los oficiales de todas graduaciones, y hasta tolerar las observaciones de los simples sarjentos, cabos y soldados, era dar un golpe terrible á la disciplina militar y hacer incurable una llaga que era ya tan profunda.

Los comisarios, queriendo obrar con imparcialidad, en vez de decidir soberanamente, abrieron el escrutinio, y Skrzynecki obtuvo todavía veinte y dos sufragios sobre sesenta y ocho votantes. Los demás votos fueron repartidos entre Dembinski, Uminski, Prondzynski y Malachowski. Lejos de mejorar la situación con aquella prueba, no hizo mas que empeorarla. ¡Y todo esto se hacia delante del enemigo!

No obstante, se decidió reemplazar al jeneralísimo y se invistió por pocos días á Dembinski con el mando en jefe; es decir, hasta que la dieta hubiese podido tomar una resolución decisiva, con arreglo al informe que debian presentar los comisarios.

Skrzynecki presentó él mismo su